

Harper's Bazaar nº 62, octubre de 2015

ALEX



Es una leyenda viva del arte contemporáneo. Tras sus retratos sencillos y luminosos se esconde un
A sus 87 años, y aún en activo, el MUSEO GUGGENHEIM de Bilbao le dedica ahora una

Harper's Bazaar nº 62, octubre de 2015

KATZ

FUERTE Y FORMAL

Sweatshirt #3, autorretrato de de 1987.



hombre que se sintió largo tiempo incomprendido por sus colegas y despreciado por el mercado. merecida exposición. Hablamos con un artista que, al fin, se siente ganador. *Por Laura Pérez*

Harper's Bazaar nº 62, octubre de 2015

E

s el retratista de esa clase alta neoyorquina, culta y refinada, que veranea en la costa, visita las galerías del Upper East Side luciendo abrigos impecables y acude a fiestas donde todo el mundo parece despreocupado y elegante. Es el pintor de los colores brillantes y la luz intensa. Sin embargo, Alex Katz (Nueva York, 1929) es un tipo duro y curtido que ha visto pasar ante sus ojos, sin inmutarse, gran parte de la historia del siglo XX con sus guerras, sus convulsiones sociales, sus movimientos artísticos y sus personajes arrolladores. Durante décadas, los círculos de poder del arte le dieron la espalda por no encajar dentro del molde que marcaba el mercado en ese momento. Rechazó el expresionismo abstracto que imperaba en los cincuenta, se distanció del minimalismo pese a la sencillez de sus formas y no encajó en el pop, aunque a menudo se le

califica como su precursor. El éxito le sorprendió cuando ya rondaba los 70 años. A esos lúcidos 87 con los que cuenta ahora, continúa saliendo a correr cada mañana y pinta durante, al menos, siete horas todos los días de la semana. Lleva una vida austera, pero sabe que, al final, ha llegado exactamente al lugar en el que siempre deseó estar. Una prueba de su determinación es que cuando nació su hijo, el hoy poeta Vincent Katz, rechazó una plaza fija como profesor en la Universidad de Yale. La panacea para un artista con dudosa garantía de triunfo y absoluta inestabilidad económica. “No sé si algún día llegaré a ser como Picasso o como Matisse, pero si no lo intento, no lo haré”, le dijo a su mujer, Ada, con quien lleva casado desde 1958 y a la que ha retratado reiteradamente desde entonces. “Tienes razón, debes dedicar tu tiempo a tu arte”, respondió ella.

El museo Guggenheim de Bilbao le dedica una exposición a sus paisajes de gran formato, obras llenas de luz que pinta con movimientos que él identifica con los acordes del jazz (del 23 de octubre al 7 de febrero). Además, la galería Javier López de Madrid exhibirá desde octubre lo mejor de su obra más reciente. Su director, el propio Javier López, mantiene con él una amistosa relación que nació cuando organizaron su primera muestra juntos, en 1996. Desde entonces viaja un par de veces al año para visitarlo en su estudio de Nueva York, donde vive los meses de invierno, o en el de Maine, al que se traslada durante el verano. Ha compartido periplos y largas veladas con Katz y su familia y destaca su peculiar sentido del humor, pese a la firmeza de su carácter. “Se sintió muy incomprendido en su momento y eso le ha hecho fuerte. Su pin-



En palabras del propio artista, su obra *3 de enero (January 3)*, de

“*Nunca me gustaron el surrealismo y el dadaísmo. Me parecen cínicos, jamás logré sentirme cómodo con ellos*”

tura no encajaba en nada de lo que se estaba haciendo; en un momento en el que nadie en Estados Unidos apostaba por el arte figurativo, él se empeñó en hacerlo y eso le pasó factura. Estuvo totalmente denostado por el mercado. Es necesario ser muy duro para creer en algo en lo que solo creía él y seguir adelante”, revela a HARPER'S BAZAAR. López destaca también la ambición como rasgo distintivo de su personalidad: “Es tremendamente competitivo, como un deportista de élite que ve la vida en términos de ‘o ganas o pierdes’. Para que uno triunfe, otro tiene que fracasar, y él siente absolutamente que ha ganado. Yo también lo creo. Contemplo una

Harper's Bazaar nº 62, octubre de 2015



1993, es "un paisaje en el que, como sucede en el cine, de pronto se cuele un plano de Ada, mi mujer, para romper la línea del tiempo".

obra suya colgada al lado de un Rotko y veo que aguanta perfectamente". Este éxito le ha dejado al galerista madrileño una espina clavada. El cuadro de Katz *Los tulipanes* que el Museo de Arte Moderno de Nueva York compró en 2013 se lo había prometido a él. Le pidió, eso sí, que le dejara romper el trato si llegaba la llamada de la institución. "Tengo una noticia buena y otra mala: la primera es que al fin lo ha comprado el MoMA. La mala es que ya no te lo puedo vender a ti",

le dijo un día, un año y medio después de aquella conversación. "Este hombre empezó a exponer al mismo tiempo que lo hicieron Andy Warhol, Frank Stella o Jackson Pollock. Charlar con él es hacerlo con una leyenda viva", continúa López. Nosotros lo hacemos por teléfono, una llamada que responde a las diez de la mañana –hora local–, sentado en una mecedora desde su casa de Lincolnville (Maine), la misma en la que transcurren sus veranos desde hace más de 50 años. Allí sigue conservando la destaralada cocina que encontró en la basura un día que caminaba con Jasper Johns y almacena libros de poesía y discos de jazz.

PREGUNTA: Usted es un apasionado de la arquitectura. ¿Cómo se relaciona su pintura con un edificio tan especial con el Guggenheim de Bilbao?

RESPUESTA: La unión funciona estupendamente porque tiene formas modernas y al mismo tiempo espacios muy grandes, lo que viene muy bien a mis cuadros. Hace unos años el museo compró una serie de retratos llamada *Sonrisas* que colocó en una ▶

Harper's Bazaar nº 62, octubre de 2015

“Soy más conocido ahora que nunca en mi vida y parece que la gente comprende mejor mi obra. Antes se me identificaba con el arte pop, pero últimamente ya se va un poco más allá”

sala cuadrada, enorme, con una partición en medio, y me gusta mucho como queda.

P: Ha bautizado la muestra *Aquí y ahora*. ¿Tiene algo que ver con la percepción del tiempo que se tiene a sus 87 años?

R: La idea del tiempo cambia con la edad. Yo ya no pienso mucho en mi próxima exposición ni en lo que quiero hacer a final de año, quién sabe qué pasará. Tengo el concepto del presente inmediato y eso me hace pensar únicamente en el trabajo que desarrollo aquí y ahora, sin pasado y sin futuro. Eso es lo más parecido a la eternidad.

P: Después de sesenta años pintando, ¿siente que continúa mejorando cada día?

R: Me temo que yo ya no... Mi trabajo sí lo hace. Pinto siete días a la semana y eso lo hace avanzar continuamente. Mi técnica es más eficiente ahora y trabajo más rápido. No caigo en tantos errores como antaño y los que cometo los reparo mejor sobre el lienzo. Produzco más cuadros y, por lo general, son de mayor calidad.

P: ¿Qué ve en sus obras de hoy que no existía hace treinta años?

R: No tengo claro cuándo empecé a hacer mis obras maduras, pero obviamente no siempre lo fueron. Cuando tenía veintitantos o 30 años, mucha gente me decía que ahí estaba ya mi estilo, pero aún así siempre tuve cierta ansiedad sobre si estaría malgastando mi tiempo o si de aquello que estaba haciendo saldría algo bueno. Todo el que ha pintado alguna vez se plantea si el espectador entenderá lo que hace, y realmente no lo sabes hasta que alguien te lo dice. Si repites las cosas que has hecho antes sabes bien dónde estás, pero si te mueves de ahí, si experimentas y tratas de hacer algo nuevo, te encuentras con que no sabes quién eres y necesitas que los demás te lo digan.

P: ¿Siempre ha pintado con el entusiasmo que muestra ahora o ha pasado por algún periodo de crisis que le hiciera bajar el ritmo?

R: Cuando tenía cincuenta y tantos tuve un bache. Pintaba, pero el resultado era mediocre y yo lo sabía; producía cuadros, pero no eran buenos. Estuve así unos meses y después paró. Creo que es el único momento en el que he tenido problemas.

P: Ha sido testigo de gran parte del siglo XX y XXI y ha visto ir y venir muchos movimientos artísticos. ¿Cuál de ellos le ha hecho sentir desconectado?

R: Nunca me gustaron el surrealismo ni el dadá. Me parecen forzados, no tienen nada que ver con estar vivo, me resultan cínicos. Jamás logré sentirme cómodo con ellos.

P: Conoció a su mujer, Ada, en una exposición en 1957 y desde entonces la ha pintado una y otra vez. ¿Sigue descubriendo cosas nuevas en ella cuando la mira?

R: Pintarla una y otra vez es una manera de comprobar si de un mismo tema, en ese caso su retrato, puedo sacar algo más. Mi manera ideal de expresar algo es mostrar un objeto específico que después se transforme en algo general. Dentro de este vocabulario, ella es un símbolo: en los años ochenta fue una mujer bonita; después, una madre... Ella



Katz en la galería Javier López de Madrid, durante la muestra *Once in A Lifetime* (2010).

Harper's Bazaar nº 62, octubre de 2015



10:30 h (10:30 am), de 2006. "A estas obras las llamo *pinturas ambientales* porque no es un paisaje que mires desde un muro, sino que te envuelve y te rodea", explica el autor.

ha representado muchas mujeres y temas diferentes. Podría haber pintado un signo más sencillo, pero retratarla aporta complejidad a lo que quiero transmitir.

P: ¿Cuál diría que ha sido la etapa más feliz de su vida?

R: Mi mejor época fue cuando estaba en la escuela de arte [The Cooper Union de Nueva York]. No tenía ningún problema y sentía que estaba aprendiendo mucho y muy rápido. Toda la gente que me rodeaba

era interesante, jugaba a baloncesto, tenía una novia guapa y la sensación de avanzar a toda velocidad. Aprendí mucho durante los tres años que pasé allí, fue un gran momento.

P: ¿Volvería a aquellos días si pudiera?

R: No, forma parte del pasado y no tiene sentido regresar a momentos que ya sucedieron. Adquirí muchos conocimientos sobre la vida, la gente, la ciudad, pero no volvería. Fueron buenos tiempos, aunque también es cierto que los diez años siguientes fueron duros.

P: ¿Qué sucedió?

R: Había muchas personas que creyeron en mí cuando otros no lo hicieron, amigos inteligentes con los que compartí un sinfín de cosas, y aquello fue fantástico, pero todos

habían desaparecido cuando cumplí los 40.

P: ¿Se arrepiente de algo que hizo o, tal vez, que no hizo?

R: Bueno, he hecho tantas cosas estúpidas a lo largo de mi vida que no podría ni enumerarlas: en mi pintura, con mi mujer, en mi carrera, con todo. Podría contarte un par de cosas divertidas, pero prefiero no hacerlo.

P: ¿Qué ha sido lo más positivo que le ha dado ir cumpliendo años?

R: Lo mejor es el gran placer que encuentro ►

Harper's Bazaar nº 62, octubre de 2015



Ada y Alex Katz, de 1984.

“**N**o me preocupa en absoluto cómo voy a ser recordado. Cuando muera eso no me importará, así que por el momento solo pienso en lo que ocurre aquí y ahora”

ahora cuando la pintura, el pincel y yo nos convertimos en una herramienta que funciona bien junta, que fluye. Me siento muy fuerte cuando experimento esto.

P: Tiene un estudio de verano, en Maine, y otro de invierno, en Nueva York. ¿Cómo influye en usted el cambio de estaciones? ¿Existen diferencias apreciables entre las obras que pinta en un lugar y el otro?

R: Sí, parte del invierno me dedico a terminar cosas que empecé en verano, especialmente las obras grandes. En Maine tengo el paisaje. Allí dibujo, que es la primera fase de cada una de mis piezas, y después la mayoría las termino en Nueva York. La vida estival es más reflexiva, tengo más tiempo para pensar y mi rutina es más relajada. Trabajo mucho más duro en invierno, se me acumulan muchas más tareas por hacer.

P: En sus pinturas todo el mundo parece ser guapo, estiloso, podríamos decir que incluso rico, lo que le ha traído críticas por retratar un mundo pijo y superficial. ¿Qué encuentra en estos ambientes?

R: El impresionismo también captaba la parte luminosa de la vida. Solo presenta cosas bonitas que parecen aisladas del resto del mundo. Aquellos autores franceses ya evitaban todo lo desagradable y creo que

esa es también parte de mi naturaleza. Es así, siempre ha sido así. Históricamente, el realismo en la literatura se ha asociado a algo deprimente. Yo quería hacer algo más óptico. Eliminando el significado y el contenido social, lo agradable me permite hacer algo visualmente más importante.

P: ¿Cree que el público ha llegado a entender qué hay detrás de ese universo lujoso y despreocupado?

R: Soy más conocido que nunca antes en mi vida y creo que ahora la gente entiende mejor mi obra, que durante un tiempo fue bastante incomprendida. Los primeros 30 años de mi carrera, en Europa se me identificaba con el arte pop, sin embargo ahora parece que se me conecta más con otro tipo de autores de etapas anteriores, o al menos se va un poco más allá. Creo que responde a que, en una época, la gente quería crear y englobarse en movimientos para promocionarse, lo que era una manera bastante arbitraria de manejar el arte, no resulta un método muy preciso, no.

P: ¿Considera que ha cambiado mucho el mercado del arte desde aquellos años?

R: Siempre lo ha hecho, siempre se ha estado moviendo. Cuando ha permanecido estable, ha sido por un tiempo limitado. Originariamente, o pintabas para la Iglesia o no pintabas, porque no existía un mercado fuera. Después vino otra época en la que el artista podía elegir algo más. El mundo cambia, el sistema cambia, las galerías cambian. Ahora los artistas se han globalizado por completo y el negocio funciona como una gran pirámide con Nueva York en el vértice. Hablo del mundo occidental, claro. Esa estructura ya existía cuando yo era joven, pero la pirámide era mucho más pequeña. La mercancía es la mercancía, el producto sube y baja, a menudo por razones que no tienen nada que ver con la pintura. Esta es un factor, pero no el único. La gente necesita una manera de sobrevivir y muchos han especulado con el arte, algunas

Harper's Bazaar nº 62, octubre de 2015



Katz estudió en la Escuela de Arte y Escultura de Skowhegan, en Maine, en 1950. En 1954 compró allí una casa en la que todavía vive y pinta todos los veranos.

veces aciertan y otras se equivocan. Es lo que conlleva la especulación.

P: Reconoce el impacto del cine y la televisión al comienzo de su carrera. ¿Cómo influyen las nuevas tecnologías en su obra actual?

R: Soy partidario de emplearlas cuando suponen una herramienta valiosa. Yo utilizo la cámara del iPad porque me permite hacer 30 o 40 fotos seguidas, como si fuera una película, y eso me ayuda en mi trabajo.

P: ¿Se ha planteado cómo le gustaría ser recordado?

R: No me preocupa en absoluto. Cuando muera, eso no me importará, así que, por el momento, me centro en lo que ocurre aquí y ahora, en el trabajo que estoy realizando. Eso es lo único en lo que pienso.

P: ¿Cuál es su aportación a la Historia del arte?

R: No sé... El estatismo de las figuras sobre un fondo plano, el doble retrato, los *cutouts* [siluetas recortadas sobre madera o aluminio], las composiciones de grupos, los paisajes y las caras grandes son áreas que he explorado desde el principio de mi carrera y que se han utilizado de muchas formas, en películas, en *sets*, en ilustración y en pintura. Creo que mi estilo es fácil de abordar.

P: En 1962 realizó una colaboración para HARPER'S BAZAAR. ¿Cómo lo recuerda?

R: Fue en una sesión de fotos con ropa de verano y sombreros, y en medio aparecían mis figuras. Yo acababa de empezar a hacer

cutouts de madera y todavía eran muy toscos. No sé de quién fue la idea, desde luego mi no, pero fue muy divertido.

P: ¿Cuándo empezó a interesarle la moda?

R: Mis padres siempre estuvieron muy interesados en la ropa y la apariencia. Eran bastante sofisticados e iban al cine y volvían comentando la ropa que llevaban los actores en lugar de la película. Después fui a un instituto donde todo era bastante vacío, salvo lo que tenía que ver con salir a bailar y con el estilo. Perdí cuatro años allí. Los bailes y la ropa fueron la mejor parte. La mayoría de los artistas no se preocupa demasiado por la moda, simplemente trata de ser práctica, pero yo no quería ir vestido como muchos de ellos, era muy feo, así que como yo era pobre optaba simplemente por una camisa blanca y una chaqueta estilosa.

P: ¿Qué es el estilo para usted?

R: Lo que más me gustaba en aquella época de los cincuenta era cómo vestían los judíos negros, tenían ese aire impecable. Ahora me gusta la ropa que pueda sentir, las texturas. Tengo un traje de Cerruti fantástico que llevo utilizando muchos años, pero también puedo vestir ropa ropa desenfadada. El mejor lugar para comprar moda masculina es Múnich, me gusta el estilo de los hombres alemanes. En América la ropa es más rígida, no tiene la caída de Italia o Alemania. Sin embargo, aquí se concede más importancia a la cara. La elegancia del hombre americano tiene que ver más con su rostro que con su ropa.

P: Hubo una época en la que vivió prácticamente de *okupa* en Manhattan y que-

maba gran parte de la obra que hacía. ¿Qué recuerda de aquellos años?

R: Todo era ilegal, vivía en un *loft* ilegal, tenía una bañera ilegal y me calentaba después de bañarme en una chimenea ilegal. Quemé en ella más de 100 cuadros porque era una etapa de experimentación y había estado pintando mucho, pero los resultados no me estaban llevando donde yo quería. El valor de aquel trabajo no estaba en lo que hice, sino en lo que aprendí haciéndolo.

P: ¿Cuál es el secreto de un matrimonio tan duradero como el de Ada y el suyo?

R: Es maravillosa, podría haber sido Miss América. Tenía las medidas perfectas, lo único que le faltaba era ser un poquito más alta. La primera vez que la vi, cruzando una calle, paró el tráfico, pero estaba acostumbrada a que le sucediera eso y a que los chicos revolotearan a su alrededor. Le apasiona el cine y desde muy joven aprendió a moverse como una actriz, es elegantísima, además de gran científica. Tiene una mente brillante y desarrolló una gran carrera en la investigación contra el cáncer. Es una mujer fantástica.

P: ¿La seguirá pintando siempre?

R: Cuando pinto a Ada, en realidad no la estoy retratando. Su rostro es una manera de crear una experiencia, de atrapar una luz y un tiempo, y transmitirlo. Mi pintura requiere mucho esfuerzo físico, pero espero poder seguir haciéndolo. Ya veremos. ■